

¿El cine como una forma de evadir la realidad?

No cabe duda que uno de los medios de comunicación colectiva con mayor relevancia tanto cultural como espiritual ha sido el cine, un medio con la capacidad de proyectar historias tan reales como aquellas que se pierden en medio de las abstracciones, sus fuentes de inspiración y la musa que les ha permitido desarrollar grandes historias ha sido el ser humano y las circunstancias en las cuales se ha inscrito. El cine ha permitido crear multifacéticos rostros de la vida, ha fomentado la cultura, la educación, la motivación, pero sobre todo la espiritualidad, en intermedio de un mundo atado a las mediaciones, que suspira por encontrar un “algo” que los impulse para seguir caminando sobre el.

No obstante si el hombre es el que muchas veces ha movido la historia de una película, ¿qué sucede con el resto que se encuentra de frente a la pantalla?, ¿qué sienten cada vez que ven una película, qué reciben de esa película, cómo es su experiencia después de haberse expuestos ante una historia que aparentemente les es ajena a su vida. Existen quienes asisten al cine para aprender, para identificarse con un personaje, para retroalimentarse de forma activa con las circunstancias de la cinta, o quizás sólo para entretenerse, sin embargo, ¿qué sucede con aquellos individuos que asisten a una sala para evadirse de la realidad?

La evasión de la realidad es un problema contemporáneo, quizás obedezca a la modernidad o postmodernidad en la cual los ciclos de la vida se están desarrollando, y donde definitivamente las mediciones están ejerciendo un rol importante. El cine no puede escaparse de este uso que los



espectadores le otorgan; Cándido Polo, psiquiatra de Valencia en su texto [Locura y Evasión](#) que el cine es sin duda el más eficaz de los recursos de evasión de la realidad, como inmejorable material para indagar la representación social del fenómeno evasivo y sus excesos en la cultura audiovisual, desde la evidencia de su repercusión pública.

Ese aparente silencio que se va experimentando en el cine, no es más que un silencio alienado del hombre ante la cotidianidad en la que se ha sumergido y que refleja un despego de su espiritualidad humana y de su espiritualidad en relación con Dios. Si el hombre en su continua búsqueda, utiliza al medio –en este caso el cine- como una forma de evadirse de todo aquello que psicológicamente y emocionalmente lo perturba, cómo es que afrontará su vida, cómo es que realmente encontrará respuestas si se está sólo utilizando al medio como una nube que borre momentáneamente sus problemas, y no es que el cine vaya a resolverle la vida, pero sí puede ser un canal que le brinde orientación espiritual, psicológica y teológica del ser.

El ministro de cultura del Vaticano el cardenal [Poud Poupard](#) en el 2003 menciono que el cine interacciona no sólo con la cultura de una época, con su antropología y con el pensamiento filosófico dominante, sino también con la teología. Mientras que monseñor John Patrick Foley, presidente del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, presentó el cine como «vehículo de valores espirituales» y señaló a su vez que el encuentro del hombre con Dios también se puede dar en el cine.



Entonces, por qué se decide utilizar al medio siempre en el maniqueísmo negativo, porque darle el uso al cine como un medio de evasión, y no como un medio de consuelo y orientación. Cabe mencionar que para que esto se logre obviamente se requiere de una jerarquización de las películas, cintas enclavadas en la violencia, los excesos, la depravación y objetivación de lo sexual verdaderamente logran evadir al ser humano, pero no sólo de la realidad sino de su esencia espiritual. En cambio si lo que la pantalla cinematográfica ofrece es una cinta de emociones, de formación, de aprendizaje, el espíritu humano tendrá un alimento que no lo conduzca a la evasión y entonces podremos utilizar al medio y no al revés, el medio no utilizará al hombre.

Por: María Velázquez Dorantes \ mydorantes@yahoo.com.mx